Fiasco

Poema Historico

por

D. Ignacio Montes de Oca

FIESCO.

POEMA HISTORICO

POR

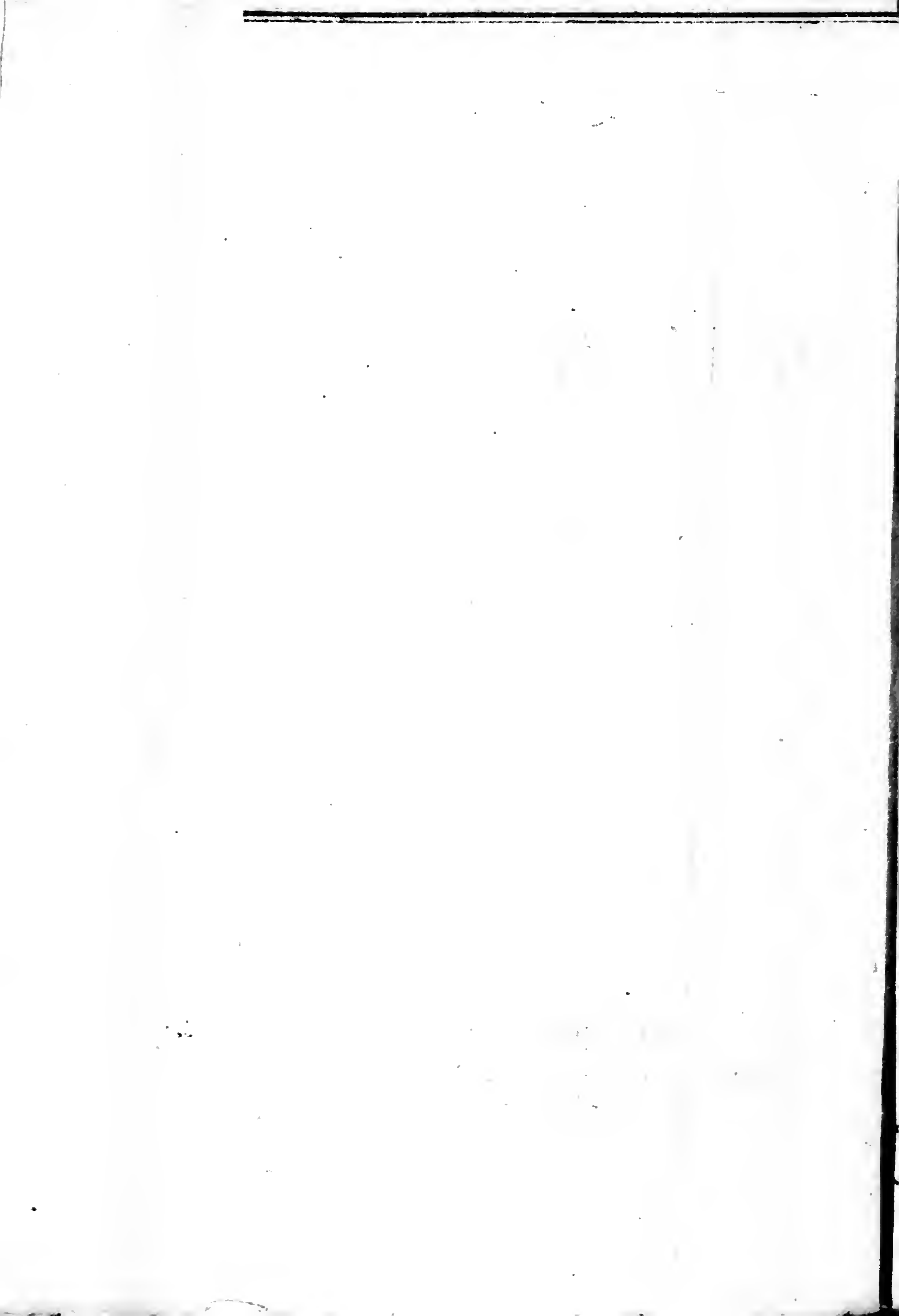
D. Ignacio Montes de Oca.

Quicquid in altum
Fortuna tulit, ruitura levat.
SENECA.

Edicion del "Diario de Avisos."

MEXICO.
IMPRENTA DE VICENTE SEGURA,
C. de San Andrés, núm. 14.

1859.



AL INSIGNE POETA

Y DISTINGUIDO PROSADOR
EL SEÑOR

D. José Joaquin Pesado

DEDICA ESTE ENSAYO
EN TESTIMONIO DE ADMIRACION
Y AMISTAD,

EL AUTOR.

Méjico Octubre de 1859.

Es propiedad de
Calixto Hernandez

FIESCO.

POEMA HISTORICO.

AÑO DE 1547.

I.

Cubren el sereno cielo
De Génova la soberbia,
Nubarrones que ocultando
Las relucientes estrellas
Envuelven sus altos muros
En pavorosas tinieblas.
Sus alcázares de mármol
Trazarse pueden apénas
Por los fatigados ojos
En la oscuridad que reina:
Los dorados campanarios,
Que el aire elevados pueblan,
Se pierden de la honda noche
Entre las sombras espesas.

Tras los cerrados cristales
Ninguna dama se muestra
Ni se perciben abajo
De amante jóven las huellas.
El trovador embozado
A su morada regresa
Sin que su mano entumida
Pulsar la cítara pueda.
Algun relámpago acaso
Descubre los centinelas
Que apoyados en su pica
Y calada la visera,
La hora del feliz relevo
Llenos de ansiedad esperan;
Mientras en torno á la llama
Los soldados se calientan,
Y del deber olvidados
Á blando sueño se entregan.
De los cansados marinos
El ronco gritar ya cesa,
Y sin sentir el esclavo
El peso de sus cadenas,
Duerme tambien recostado
Sobre la anclada galera.
Tan solo rompe el silencio
Algun apagado *alerta*
Que en el palacio de Dória
De vez en cuando resuena:
Tan solo en aquella nave
Que en sus mástiles despliega
De los condes de Lavaña
Las poderosas enseñas,
Quizás algun movimiento
De gente armada se observa.
Y con razon: presurosa
Se hará mañana á la vela

Fuego asolador llevando
A la flota sarracena.

¡Oh! feliz el soberano
Que sobre súbditos reina
Que siempre tan generosos
Y tan patriotas se muestran!
¡Feliz de Lavaña el conde
Que miéntras hace la guerra
Armando mil galeones
Y naves, á sus espensas,
En máscaras y festines
Pasa las noches enteras
Y los cuidados y afanes
De su morada destierra!
Sí: mirad iluminadas
De su alcázar las vidrieras:
Ved cuán á menudo gira
Sobre sus goznes la puerta
El paso libre dejando
A mil caballeros que entran
Ricamente ataviados
Para la suntuosa fiesta
Que esta noche les prepara
Con insólita grandeza.

Es regia de sus banquetes
La pompa y magnificencia;
A manos llenas prodiga
Su inagotable riqueza;
Es valiente y poderoso
Y entre sus abuelos cuenta
Mil afamados guerreros
Y mil príncipes y reinas.
Idolatrado del pueblo,
Querido de la nobleza,

Con una alma generosa
De raras virtudes llena,
Digno es Ludovico Fiesco
De ceñir ducal diadema
Y de sentarse en el trono
De la poderosa Génova.
Mas su corazon festivo
Tamaña suerte desdeña,
Y mil dichosos amigos
Mirar prefiere á su mesa,
Copas sin fin apurando
De dulces licores llenas,
Que contemplar en su torno
Mil guardias y centinelas
Y aduladores sin cuento
Con descubierta cabeza,
Y que estrechar amistoso
De Cárlos quinto la diestra.

Con ser de Dória el amigo
Su corazon se contenta
Y ni en coronas ni cetros
Ni tronos ducales piensa.

Sí, duerme tranquilo, Dória,
De Ludovico no temas,
Duerme; y tu poder presente
Y glorias pasadas sueña:
Vuelve á desafiar osado
Del gran capitan la fuerza;
Arma tus bravos marinos,
Iza tus rápidas velas,
Y al musulman acomete
Con tus invictas galeras:
Una vez y otra repasa
Tus inauditas proezas;

Vuelva á colocar potente
Tu nunca vencida diestra,
Las águilas victoriosas
Sobre los muros de Génova,
Y tu magestuosa planta
Al trono ducal ascienda,
Miéntras tu mano se apoya
Sobre la rubia cabeza
De ese jóven que animoso
Presto seguirá tus huellas,
La corona asegurando
A tu ilustre descendencia.

Despues de sueño tan grato,
Con faz risueña despierta
Y de tus fieles vasallos
El hondo silencio observa:
En tu gobierno fiados
Al sueño todos se entregan,
Y ni un malhechor se mira
Dentro tu ciudad siquiera.

¡Oh! Duerme otra vez tranquilo
Y que niguna sospecha,
Ningun afan ni cuidado
A turbar tu sueño venga.

II.

Del alcazar de Fiesco los salones
Antorchas á millares iluminan
Que con su luz espléndida remedan
La ardiente claridad del Mediodía.

Poco á poco los nobles convidados
Van entrando á la fiesta prometida:

De seda y de brocado son sus trages,
Y en su rostro se pinta la alegría.

El jóven caballero que en el campo
Ha blandido mil veces la cuchilla,
Y ha ganado mil palmas y laureles
Que á las plantas llevó de su querida,

Viene á mostrar que en la festiva danza
El primero será cual en la liza,
Y que si diestro en su corcel batalla,
Diestro tambien por los salones gira.

Artificiosos brindis preparados
Trae para vencer su dama esquiva,
El gallardo poeta, cuyo fuego
Noble se esplaya en amorosa rima.

El magnate que cruces y blasones
Ostenta en derredor con mano altiva,
Viene á lucir sus numerosas joyas,
Su toison y magníficas sortijas.

Tal vez el padre que en los puros goces
De su prole feliz, su dicha cifra,
Estraña que el galante Ludovico
Haya olvidado á sus hermosas hijas.

El nuevo esposo, del altar llegado,
Entra tal vez, y á descifrar no atina,
Porque el amigo de sus tiernos años
A su gallarda esposa no convida.

Mas al mirar sin damas los salones
Queda resuelto el enredado enigma,

Y que tendrán desordenada cena,
Y no sarao espléndidoadivinan.

En animados grupos se divide
Aquí y allí la alegre compañía;
Y quién á Dória de improperios llena,
Quián sus acciones de impiedad critica.

Del caballero–rey encomia alguno,
El sin igual denuedo y bizarría;
Otro declara que veloz la estrella
De Cárlos, á su ocaso se aproxima.

Quién la inaccion del genovés cobarde
Con mil colores ardoroso pinta;
Quién en voz baja, á su inmediato amigo
De Dória el yugo á sacudir escita.

Pasan las horas, y la noche avanza,
Y atónita la alegre comitiva,
Observa que ni danza se prepara,
Ni que haya aprestos de banquete mira.

Y que en lugar de numerosos pages
Que dulces vinos y manjares sirvan,
Se oye el crugir de pavoroso acero,
Y armada gente en el palacio gira.

Ya la puerta no se abre del alcázar
Ni el silencio de Génova adormida,
Interrumpe tardío convidado
Que la calle atraviese á toda prisa:

La media noche rápida se acerca
Y todos mas y mas se maravillan

Al esperar en vano al de Lavaña
Cuya ausencia sus dudas eterniza.

Los unos á los otros se interrogan;
Unos á otros atónitos se miran:
Y temen, y vacilan, y ninguno
La causa del fenómeno se esplica.

Súbitas se abren las cerradas puertas
Que á las alcobas del palacio guian,
Y se presenta Ludovico armado
Radiante con insólita alegría.

Fúlgido almete de variadas plumas
En su cabeza magestosa brilla;
Limpia coraza de bruñido acero
Sobre su pecho espléndida se mira.

Tajante espada, que fraguó Toledo,
Vistosa cuelga de dorada cinta,
Y sobre el puño apóyase la mano
De guantelete rico guarnecida.

Grave su andar, esbelto su talante:
Todos su talla gigantesca admiran,
Su noble frente, su poblada barba,
Sus negros ojos y mirada altiva.

Viene á su diestra su valiente hermano;
A su siniestra trae al fiel Verrina,
Detiénese al entrar en los umbrales
Y esclama así con plácida sonrisa:

"¿Qué significa, amigos, la estrañeza
Que en vuestros rostros vívida se pinta?

Ese vano temor, esas sospechas,
Mis amigos, decid, ¿qué significan?

"¿Pasar la noche en voluptuosas danzas,
Y entre festines báquicos creiais
Miéntras oprime á nuestra patria hermosa
El yugo de insufrible tiranía?

"¡Os gloriais, valientes genoveses
De vuestro nombre y fama primitiva,
Y tal yugo sufrís! doblais sumisos
A un decrépito anciano la rodilla!

"¿No detestais su orgullo y su arrogancia,
Su sin igual doblez y su falsía,
Y bajo su fingido patriotismo
No veis ocultas alevosas miras?

"Notad cual cada dia desparecen
Los privilegios nuestros y franquicias:
Marcad las proscriciones numerosas;
De nobles ved las cárceles henchidas.

"Leyes son los caprichos del anciano
A quién escucha Génova sumisa,
Y si la voz ardientes levantamos
Es nuestra voz humilde escarnecida.

"Una esperanza de remedio pronto
Su senectud en vano nos inspira;
Que del sobrino pérfido á su muerte,
Nos regirá la diestra aborrecida.

"En vano Dória tremoló arrogante
De Libertad la enseña purpurina:

Presto trocó las águilas hermosas
Del verdugo feroz por la cuchilla.

"Estrañas armas deseables fueran
Mas que sus hachas y tiranas picas
Mejor sufrir la esclavitud del turco
Que el yugo atroz del Austria vengativa.

"Pero vosotros; ¡oh! que á mil tiranos
Habeis vencido ya en sangrienta liza,
(Lo digo con rubor) sufrís ahora
Tamaño deshonor con faz tranquila.

"En la ciudad un viejo delirante
Y un imberbe garzon nos tiranizan:
Sin siquiera saberlo, desde léjos
El ambicioso César nos domina.

"Pronto tambien en Génova la bella
De Cárlos al imperio sometida,
Infames españoles y tudescos
Nos burlarán con orgullosa risa.

"¿Y sufrireis, oh amigos, impasibles
Tamaño deshonor, tanta mancilla?
¡Imposible! Jamás! Sobre el malvado
De Dios la mano ya su rayo vibra!

"Esta noche de eterna remembranza
Ese Dios que los crímenes castiga,
Hórrida muerte le dará al malvado
Y á nosotros poder y nombradía.

"Hoy con riquezas y durable fama
La suerte á todos obsequiosa brinda:

Quien no desprecie tan soberbios dones,
Armese bravo y mis pendones siga.

"El palacio ducal está cercado;
Guardadas están ya las avenidas:
Mis marinos armados en el puerto;
Por la ciudad mi gente distribuida.

"Mis numerosas guardias y vasallos
Unidos marcharán á la voz mia,
Y bien presto vereis inanimada
De entrambos Dórias la cabeza altiva.

"Mas no creais que un éxito tan bello
Fruto será de horrible alevosía:
¡Léjos de mí! Tan atrevidos planes
Estratagema son, de Fiesco digna.

"Cuando despierte la azorada guardia
Que ahora sin recelar duerme tranquila,
Mis valientes soldados á millares
Ya de ella fuertes estarán encima.

"Y sorprendido mirará el tirano
Enrojecerse su infeliz guarida,
Y cual del seno de la oscura tierra
Brotar en derredor la gente mia.

"Del opresor la aborrecida sangre
Ofreceréos grata en copa rica;
Con ella mas contentos libarémos
Que con licor de España ó de Sicilia.

"Mañana, amigos, la ciudad soberbia
Nos doblará obediente la rodilla;

Riquezas y honra alcanzareis entonces
Que de esta noche premien la fatiga.

"Tal es la fiesta y el banquete régio
A que mi labio férvido os invita:
El que poder y glorias ambicione
Armese bravo y mis pendones siga."

Calla: y el auditorio conmovido,
Sin replicar con estupor lo mira:
El entretanto los callados rostros
Recorre majestoso con la vista.

Y cual hoy dia en la opulenta Lóndres,
Con arte al hombre aun desconocida,
Noble varon á quien Europa toda
Sin comprender estupefacta admira;

Cuando corcel salvaje se presenta
Que nunca freno soportó ni silla,
Y burló de los fuertes domadores
La sin igual destreza no vencida;

El sin usar del mexicano lazo
Ni montar de los árabes á guisa,
Miéntras el bruto por el ancho circo
Corre feroz é indómito relincha:

En medio de la arena se detiene,
Torva en la bestia su mirada fija,
Y con el brillo de sus claros ojos,
Fascinador al animal domina.

Así á los vacilantes de Fiesco
Vence tambien la fúlgida pupila,

Y de valor sus pechos rebozando
Suena por fin estrepitoso *viva.*

Del rico ferreruelo se despojan,
Y el dorado espadin á toda prisa
Cambian ansiosos por tajantes sables
Y por adargas, yelmos y lorigas.

Al puesto se encaminan ardorosos
Que la mano de Fiesco les asigna;
Y todos sin escándalo ni ruido,
Por la callada Génova desfilan.

III.

¡Corazon, corazon! ¿porqué del hombre
En el camino infausto te atraviesas,
Y le haces olvidar de sus deberes
La que pisara, gloriosa senda?

De la adusta razon á los dictados
¿Por qué tan ardoroso te rebelas,
Y el amor ó la cólera encendiendo
En amargura los placeres truecas?

Al jóven lidiador, la desolada
Imágen de su dama le presentas,
Y con tus amorosas pulsaciones
Del rojo campo del honor lo alejas.

Horibles celos fementido escitas
En el amante que al altar se acerca
Y haces que innoble, vengativa daga
Clave en el pecho de su esposa tierna.

Hora á la estancia de su fiel consorte
Inoportuno á Ludovico llevas
Sin que vencer tus férvidos impulsos
Pueda de su alma la inaudita fuerza.

Corre la jóven con abiertos brazos
No bien rechina la cerrada puerta,
Y al estrecharse entrambos cariñosos,
Solo se escucha "¡Ludovico!" "Clelia!"

Quisiera hablar la dolorida esposa
Mas á las fauces pégase su lengua;
Y solo con sus lágrimas empaña
Del acerado peto la limpieza.

"Esposo, Ludovico, al fin esclama
De majestad y de nobleza llena,
¿Qué significa dime, esa armadura,
Y esos aprestos de cercana guerra?

"¡Ay! En vano me ocultas, desdichado,
La que innoble meditas trama negra:
Tu demudado rostro me descubre
Tu alevosía ¡oh conde! y tu bajeza.

"Yo te he visto mil veces denodado
Verter tu sangre en hórrida pelea,
Y ni ligera sombra de congoja
Mi valerosa faz cubrió siquiera.

"Mil y mil veces, con pupila enjuta
Entre mis brazos te estreché contenta,
Cuando marchabas de entusiasmo lleno
A perecer quizás en cruda guerra.

"Mas hora que alevoso te preparas
A cometer aborrecida empresa,
Yo no sé, conde, lo que en mi alma pasa:
No sé porque la sangre se me hiela.

"Siento que á aborrecer al asesino
Me impele sin cesar secreta fuerza:
Y no puedo, mi amor, no puedo odiarte;
La fé jurada, el corazon lo vedan.

"¿Pero es verdad, ¡oh Fiesco! que olvidado
De tus virtudes y tu estirpe régia,
Vas á teñir tu inmaculado acero
En la sangre mejor de la alma Génova?

"Respóndeme que no: dime que marchas
A domeñar las huestes agarenas:
Dime que vas á perecer con gloria,
Que por tu patria á pelear te aprestas.

"Entónces, ¡oh! con palpitante pecho
Mi último abrazo te daré contenta;
Y adornaré tu gloriosa tumba
Con deshojadas flores, la primera.

"Pero si armado de alevosa daga
De un puñado de gente á la cabeza,
Oculto entre las sombras de la noche
Vas á cebarte en inocente presa.

"Antes que Dória inanimado caiga,
Conmigo aquí tus crímenes empieza;
Y antes que ver tu infamia y tu deshonra,
Muerta á tus plantas tu puñal me tienda.

"¡Oh, por piedad no partas! prosternada
Tu dolorida esposa te lo ruega:
Que vas á hallar, mi corazon me dice,
No gloria, si no muerte en las tinieblas.

"Ya me parece verte mutilado,
Con secos lábios y la faz sangrienta,
Hecho en la playa de voraces perros
Y de buitres carnívoros la presa.

"Ya me parece que entre fieras burlas
Por la ciudad atado te pasean:
Tu cabeza del tronco separada
En palo infamador se me presenta.

"Olvida, olvida, tan atroces planes
Vuelve á pisar de la virtud la senda,
Que de tu vida, de tu honor al precio,
Yo no ambiciono cetros ni diademas.

"No me dejes por Dios! ¿De nuestras bodas
El venturoso dia no recuerdas,
Cuando estasiado en amorosos raptos
Mil promesas me hicistes halagüeñas?

Cuando dijiste: "El universo entero
No trocara por tí, mi dulce prenda;
Por vivir, Clelia, á tu envidiable lado
Una cabaña á un trono prefiriera?

"¡Ay cuanto amor entónces! Mas ahora
De mi dicha pasó la feliz época,
Y mas que duro, marmol, insensible
Te muestras á mi llanto y mi terneza.

"Sí, véte, deja á tu infeliz esposa;
Corre á la lid, á la matanza vuela:
Olvida al hijo que en mi seno abrigo,
Troncha de un golpe la esperanza nuestra.

"Vé, hiere, mata, sin temor destroza;
Tus blasones empaña y tu nobleza,
Mas recuerda que amar á un aesino,
Nunca podrá de Cibo la condesa."

Calla por fin: y en doble sentimiento,
De ira y amor sus ojos centellan,
Y lágrimas arrancan afectuosas
Del que jamas el llanto conociera.

El conde de Lavaña conmovido
Va ya á ceder incauto á su belleza,
Cuando la voz funesta de Verrina
Por el palacio atronadora suena.

Despierta su ambicion al escucharla,
De su imprudente lloro se averguenza,
Y enjugando sus lágrimas ansioso,
Esclama así con su habitual firmeza.

"Condesa de Lavaña, noble esposa,
Cese por Dios, tu férvida querella;
Nunca temas que manche mis blasones
Accion indigna de mi estirpe régia.

"Tu amor, el de mi patria esclavizada
Hoy vehementes á lidiar me llevan:
El oprimido pueblo clama á gritos
Del tirano pidiendo la cabeza.

"¡Adios! O nunca de tu amante esposo
Podrás ya contemplar la faz risueña,
¡O! pronto, sí, mañana, á nuestras plantas
Verás postrada la ciudad soberbia."

Dice: y se aleja con violento paso
Tras sí cerrando la pesada puerta,
Y despiadado, á su infeliz esposa
Sobre la tiera desmayada deja.

IV.

Noche, lóbrega noche que testigo
Fuiste de tanto horror y escena tanta!
¿Quién describir pudiera tus terrores,
Los crímenes que viste y la matanza?

¿Quién el pavor de la asombrada gente
Con sus colores tétricos pintara,
Cuando del lecho en que dormia muelle
Con estrépito horrible fué llamada?

¿Quién la fatal sorpresa del marino
Y el estupor de la dormida guardia,
Cuando sin armas vióse de improviso
Y de ejército intrépido cercada?

Que era llegada á su mitad la noche
Anunciaba la lúgubre campana,
Cuando cundió por la ciudad soberbia
En un momento inesperada alarma.

La galera que armara contra el Turco
El genoroso conde de Lavaña,

A un caballero que veloz se acerca
Deja caer sin dilacion la escala.

Empuña el remo el vigoroso esclavo;
Fuerte levanta el marinero el ancla,
Y entre las negras sombras avanzando
Bloquean de la Dársena la entrada.

De Dória los bajeles numerosos
Que allí encerrado sin temor descansan,
Por doquiera asaltados de improviso
Todos se ven de innumerables lanchas,

En vano los forzados se despiertan
Y los marinos bravos se levantan:
Prisioneros se encuentran y vencidos
Antes que puedan empuñar las armas.

Si algun valiente en resistir se obstina,
Lo pasa el filo de enemiga espada,
Y si escaparse á algun bajel pretende,
La galera sobre él su fuego lanza.

Vano es luchar: en vano por auxilio
El compañero al compañero clama;
El acero fatal del asaltante
Su dolorida voz cruel apaga.

Noble desquella en la invasora hueste
Forma sublime de elevada talla,
De largo sable, de brillante peto,
Ancho el broquel y la cimera blanca,

El peso sin sentir de la armadura
Cual pajarillo por las aguas salta;

Y con ligero pié corre veloce
De bajel á bajel, de barca á barca

No es el estrago del funesto rayo
Terrible mas que el de su diestra infanda:
Rastros sangrientos por do quiera deja....
El es: él es: el conde de Lavaña.

Todo se humilla ó se aniquila todo
Adonde posa su insegura planta:
Blande el acero, y á su vista solo
Los enemigos con terror se apartan.

Presto dejando á su poder sujeta
Del almirante la infeliz escuadra,
Al frente marcha de sus bravas tropas
Las naves á atacar republicanas.

Armados ya los marineros todos,
Sobre los puentes sin temor lo aguardan,
Y apénas miran que se acerca intrépido,
Lluvia de fuego asolador descargan.

Corre á torrentes la fraterna sangre,
Se cubren de cadáveres las aguas,
Y mil y mil innanimadas formas
En el mar pavorosas sobrenadan.

La muerte despreciando que horrorosa
Lleva do quier terrífica metralla,
Avanza Fiesco con desnudo sable
Y á las naos impávido se lanza.

Todas se ven en el instante mismo
Por muchedumbre intrépida abordadas,

Que por las cuerdas valerosa sube
Cual por escala de dorado alcázar.

Los golpes á porfia se redoblan;
Acrecen mas y mas las estocadas;
Retruenan sin cesar los arcabuces,
Y rotos caen yelmos y corazas.

¡Ay! mas de un jóven que laureles y oro
Se prometiera, y sempiterna fama,
Del insondable mar en lo profundo
Sepultadas dejó sus esperanzas!

¡Mas de un valiente que en su puesto firme,
Esgrimió la cuchilla no manchada,
Bravo hasta el fin, del indomable Fiesco
Cayó bajo la diestra sanguinaria!

¡Cuánto mancebo á quien la sed de gloria
Del seno de su madre arrebatara,
En la lucha fatal cayó sin vida,
Cuando ella ¡oh cielos! sin temor soñaba!

Cansado el labio enumerar no puede
La multitud de infortunadas almas
Que las regiones del eterno olvido
Bajaron ¡ay! en esa noche aciaga!

Adamantina voz fuera impotente,
Cien adorosas lenguas nos bastaran,
Para cantar ¡oh Fiesco! tus proezas;
A referir ¡oh conde! tus hazañas,

Tú enarbolaste tu pendon altivo
En la vencida nave capitana,

Y tu sonoro grito de victoria
Hizo cesar la lucha encarnizada.

¡Ved! Al oirlo el enemigo tiembla:
Todos deponen con terror las armas,
Y en un instante quedan sometidas
A la rebelde gente las escuadras.

Apénas cesa en el calmado puerto
El confuso rumor de la batalla,
Cuando lejano llega á los oidos
El eco de terrífica algazara.

El pecho rebosando de alegría,
Hacen volver á la ciudad las lanchas,
Y mas distinto el plácido ruido
Anuncia la victoria deseada.

El pueblo todo de la ardiente Génova
Cubre las calles y espaciosas plazas;
Y *Fiesco, Fiesco,* por el aire suena,
Y *Libertad* estrepitosos claman.

El valiente Verrina descendido
Del leño que la Dársena bloqueara,
Rodeado de gente sobre el muelle
A su caudillo vencedor aguarda.

Apenas mira que á la tierra llega
Cuando radiante de alborozo esclama:
"La fortuna doquier nos favorece,
Vencen doquier nuestras potentes armas.

"Nuestras son ya de la ciudad las puertas;
Están las fortalezas ya tomadas;

Los enemigos, muertos ó vencidos,
Grande, muy grande ha sido la matanza.

"En este instante tu valiente hermano
De entrambos Dórias el palacio asalta,
Nuevos laureles á ganar marchemos,
Funesta puede sernos la tardanza."

Tiéndele Fiesco la amigable diestra;
Detiene el paso, la visera se alza,
Y á la gente que ansiosa le circunda,
Arenga así con rápidas palabras.

"Mis amigos: el cielo nos protege,
Presto hollará vuestra soberbia planta,
El exánime cuerpo de ese monstruo
Que nos oprime vil y nos ultraja.

"No desmayeis, mis bravos genoveses:
De Libertad la sacrosanta causa
La ayuda vuestra rigorosa exige,
Y nuestra sangre y vida nos demanda.

"Marchemos á beber la del tirano:
Halaguemos intrépidos su alcázar:
Pobres y ricos, nobles y pecheros
Renombre y oro poseereis mañana.

"¡Ea, marchemos! De mis bravas tropas
Al frente me tendreis en la batalla:
¡Perezcan, sí, perezcan los tiranos!
¡A libertar, á libertar la patria!"

Sigue de aprobacion ronco murmullo
Y todos le abren respetosa valla;

Él por enmedio pasa presuroso
Y tras él todos al ataque avanzan.

Ya no muy léjos del ducal palacio,
Cuando á asaltarlo unidos se preparan,
Entre la espesa oscuridad perciben
Que hácia ellos viene sombra encapotada.

Que es mensagero de fatales nuevas
El corazon fatídico presagia:
Acaso de Gerónimo de Fieschi
Viene á anunciar la muerte ó rota aciaga.

Sí: no se escuchan gritos de victoria,
Ni rumor se percibe de batalla:
"Es tiempo aún: volemos á su auxilio;
El paso acelerad," Verrina clama.

Al mirarlos correr, el embozado,
Desenvaina terrífico la espada:
En medio de la calle se detiene,
Y arroja al suelo la pesada capa.

Y en lugar de funesto mensagero,
A la luz de las teas ya cercanas,
Del jóven Dória el rostro se descubre
Que hace brillar amenazantes dagas.

Mas Fiesco las aparta con su brazo;
Grande trecho hácia Dória se adelanta;
Y arrojando el almete: "¿Me conoces,
Vil tirano, le dice, de mi patria?

"¿Sabes que ya llegó el feliz momento
En que mi noble mano ensangrentada,

Haga bajar hasta el profundo abismo
De los infiernos tu ánima execrada?

"Recuerda, Juan, si enumerarlos puedes
Tus crímenes sin cuento y tus infamias,
Y pide á Dios perdon de tus maldades
Antes que tu cabeza al suela caiga.

"Prepárate á morir: ó si pudieres
A tu enemigo combatiendo mata:
Míralo, su cabeza está desnuda;
Yace en el suelo mi robusta adarga."

A lo cual Dória: "Bien te reconozco,
Con voz de trueno dice, alma villana,
Traidor, ingrato, fementido amigo,
Adulador infame de mi casa.

"Bien tal pago merecen los incautos
Que en su regazo, ¡oh sierpe! te abrigaran,
En vez de hundirte en fétida mazmorra
Que tu traicion horrible demandaba.

"Me avergüenzo; por Dios que me avergüenzo
Con tal villano de medir mis armas;
Mas no importa: á los buitres tu cabeza
Muy presto arrojaré en la árida playa."

Y Fiesco le responde: "No sé como
Puedo sufrir, mancebo, tu arrogancia:
Mas te juro que en breve tu cabeza
En alto palo se verá plantada.

"Te juro que tu cuerpo lacerado
Arrastrará entre mofas la canalla,

Y que del tio vil que te protege,
El pecho romperá tu propia daga."

Dice: y comienza la terrible lucha
Que todos miran con asombro y ansia:
Mortales golpes ambos se dirigen;
Los golpes ambos con destreza paran.

Sin peso de armadura, el jóven Dória
Con movimientos rápidos escapa;
La robustez del acerado peto
La vida alarga al conde de Lavaña.

Ora la punta del agudo sable
El limpio acero con fragor rechaza:
Ora veloz el cuerpo se retira
Y el viento hiere cuchillada vana.

Dória, por fin, del éxito impaciente,
Asesta á su rival fiera estocada,
Que va derecha al corazon del conde,
Mas en el peto fúlgido resbala.

Pérfida entonces la desviada punta
Bajo el siniestro brazo honda se clava;
Mas nuevas fuerzas y vigor inmenso
A Fiesco dá la sangre derramada.

No con tal furia Aquiles de Larissa
Bajo los muros de Ilion sagrada,
Hirviendo en ciega cólera, el postrero
Golpe mortal sobre Hector descargara.

Cual hora Fiesco, con robusto brazo
Su fuerte acero asolador levanta,

Y lo deja caer, y un golpe solo
La alta cabeza del rival separa.

Roncos aplausos á su muerte siguen,
Y la cabeza aún, ya destroncada,
Vuelve al oirlo sus marchitos ojos
Y una mirada aterradora lanza.

¡Desdichado mancebo! La fortuna
Placentera á reinar lo destinaba;
Mas en hora fatal trocó los hados
La voluntad del cielo soberana.

Y en lugar de presentes y diademas
Recibe, muerto ya, mil puñaladas;
Y la plebe en odiosa muchedumbre
Sobre su cuerpo inanimado pasa.

Mientras, los senadores presurosos
Del senado se juntan en la sala,
Y uno tras otro rápidos penetran
Con débil paso y faz desencajada.

Espínola el postrero se presenta
Cubierto de sudor, pero con calma,
Y á los ansiosos próceres reunidos
Dirige así veloce la palabra:

"Senadores, ya todo se ha perdido;
El tiempo no es de discusiones largas;
Cautela, actividad, premura exige
El estado fatal de nuestra causa.

"En este instante los rebeldes entran
Victoriosos al ducal alcázar;

Del jóven Dória cubren el cadaver
Heridas ciento de alevosas dagas.

"Vanos han sido mis esfuerzos todos
Para alentar los derrotados guardias:
Las sorprendidas tropas han huido
Y las galeras quedan apresadas.

"A mil peligros el anciano Dória
En su caballo de escapar acaba:
Desórden y anarquía por doquiera
Destrozan rudos la infelice patria.

"Fin imponed á inútiles arengas,
Y al viento tremolando enseña blanca,
Venid conmigo humildès á postraros
Del fiero vencedor ante las plantas.

"Intrépido peléе con mis soldados;
En medio me arrojé de la metralla;
Cubierto vengo de sudor honroso;
Mirad en sangre tinta mi coraza.

"Mas todo en vano: á mi cruento lado
Ni sombra me quedó de amiga espada:
Mas tiempo combatir, fuera demencia,
Sustituya la súplica á las armas.

"Si no quereis que Génova perezca,
¡Oh! seguid mi consejo sin tardanza:
No hay otro medio; Espínola lo dice;
De Espínola fiad en la palabra.

"Si á tanta humillacion hoy me sujeto,
Si hora se abate tanto mi pujanza,

Es tan solo, creedme, senadores,
Para salvar mi patria infortunada.

"¿De qué sirve verter inútil sangre,
Sin gloria, sin honor; si hazaña tanta
Solo ha de remachar esas cadenas
Que fementida tiéndenos la Francia?

"Tiempo es aun de remediar los males
Que acrecentar podria nuestra audacia.
¡Resolucion! al vencedor unidos,
Salvemos ¡oh! salvemos nuestra patria!

"Si no, lo que motin ha parecido
Presto será dominacion estraña,
Y ya sabeis, señores, cuán terrible
Es de Francisco la feroz venganza."

Apénas cesa, el jóven Bocanegra,
Con ímpetu, fogoso se levanta,
Y: "¿Quien creyera, dice, senadores,
Que tal mengua pacientes escucharais?

"¿Qué es de la sangre que arde en nuestras venas?
¿Qué se hizo nuestra fama decantada?
¡Oh Espínola! ¿qué es ya de la bravura
Que á tu familia ilustre señalara?

"Por Dios que ya tu inesplicable miedo
Solo presenta á tu ánimo fantasmas,
Y ese motin de marineros ébrios
En invasion convierte de la Francia.

"¿Qué importa que los guardias sorprendidos
Hayan huido ante esa turba insana?

Yo solo, yo con mi tajante sable
A los rebeldes todos derrotara.

"Combatamos sin tregua, senadores,
Hasta vencer en desigual batalla:
Combatir hasta el fin...." é interrumpiéndole
El anciano Grimaldi, grave esclama:

"Ten ¡oh mancebo! tu insultante lengua:
Refrena un poco ¡oh jóven! tu arrogancia:
Y mis consejos dócil escuchando
A la esperiencia cede de estas canas.

"Con hombres mas audaces he vivido:
Otras he visto poderosas razas,
Cual hoy el mundo producir no puede,
Que mis mandatos sabios acataban.

"Vieron tambien mis ojos á esos héroes
Con quien diez de vosotros no lucharais,
Humillarse á los débiles á veces
Por la salud de su adorada patria.

"Así, no es mengua que marchemos todos
Ramos llevando de la oliva sacra,
Y el trono á Fiesco humildes ofrezcamos,
Para salvarnos y templar su saña.

"Marchemos, pues, ilustres senadores;
Marchemos, pues, con suplicantes palmas:
El orgullo funesto depongamos
Y la prudencia guie nuestras plantas.

Modera tus discursos, Bocanegra,
Aunque rival no tenga tu pujanza:

Y tú, Espínola, olvida generoso
Las palabras que incauto él pronunciara.

"Alzémonos, colegas, presurosos
Qué ya las horas rápidas avanzan:
Hechos en vez de fútiles arengas
La fortuna de Génova demanda."

Nadie osa replicar á su discurso
Que cual rocío cae sobre sus almas,
Y en procesion pacífica desfilan
Los senadores al ducal alcázar.

¡Ay: cuan poco esta humilde comitiva
A aquella comitiva asemejaba,
Que al comenzar de la tremenda noche
Leyes á toda Génova dictara!

Heraldos mil de estrepitosas lenguas
Ya no pregonan su feliz llegada,
Y al pronunciar de Fiesco el debil nombre,
La voz les tiembla sin saber la causa.

Mas en lugar del conocido labio,
Eco altanero inesperado clama:
"Fiesco no existe: á mí, y á mí tan solo
Pida y será la súplica escuchada."

No con tal gozo en le llanura inmensa
Del infernal desierto de Sahara,
Cuando del sol los infecundos rayos
Abrasan la sedienta caravana,

El árabe cansado de improviso
Mira la fértil oasis deseada,

Que claras fuentes pródiga le ofrece
Y grata sombra de arrogantes palmas;

Como el senado escucha tanta nueva
Que valor les infunde y arrogancia:
Maravilloso es ver con que presteza
Todos su tono su y espresiones cambian.

¡Vanidoso Gerónimo! ¿Qué has hecho
De tu hermano contando la desgracia?
Tu necio orgullo todo lo ha perdido,
Cuando todo tenias á tus plantas.

Ludovico maldice tu locura
Desde el profundo seno de las aguas,
Donde en momento de fatal memoria
¡Ay! le arrojó tambien locura insana.

¡Infeliz Ludovico! ya á sus tropas
Rendida, toda Génova miraba;
Venian ya hácia él los senadores
La corona á ofrecerle que deseara;

Ya su inmensa ambicion insaciable
Al blanco mas excelso era llegada,
Cuando en mala hora se oye en las galeras
Aterrador tumulto y algazara.

Por el confuso estrépito angustiado
A las galeras presuroso marcha;
Alas le dá el furor; con pié ligero
Cruza las aguas por estrecha tabla.

Mas ¡ay incauto! Resistir no puede
El frágil leño pesadumbre tanta,

Y se rompe; y Fiesco desparece
Como suele en las sombras la fantasma.

Así traidora la falaz fortuna
Hasta los cielos al mortal ensalza,
Y con mano feroz lo precipita
Del hondo averno hasta la sima infanda.

En las pobladas márgenes del Sena
Escelso así se encumbra el aereonauta;
Y de las nubes, el profundo rio
Víctima cae de su fatal confianza.

V.

¿Visteis el cielo que risueño alegra
El insondable golfo mexicano
De espesas nubes súbito cubrirse,
Luego tronar y retronar airado?

¿El silbo oisteis del furioso Boreas,
Y el bramido feroz del mar insano,
Y el frecuente crugir del frágil leño
A merced de las olas agitado?

¿Visteis la rapidez con que instantáneas
Señales tan terríficas cesaron,
Y á fresca tarde bellos sucedieron
De la alba luna los serenos rayos?

¿Visteis trocarse la plegaria humilde
Del harpa dulce en los acentos gratos,
Y de la nave en el tranquilo puente
Improvisarse plácido sarao?

No de otra suerte en Génova la hermosa
De la pasada noche el fiero estrago
De repente cesó, dejanda apénas
De su ciego furor ligeros rastros.

Del rojo sol el encendido globo
Pronto á llegar á su temido ocaso,
Los dorados balcones ilumina
De colgaduras ricas adornados.

Ostentan orgullosas las doncellas
Soberbias vestes de oro y de brocado,
Y á los gallardos jóvenes se mira
Las anchas calles rocorrer ufanos.

Presto se escucha el relinchar fogoso
De ciento y ciento rápidos caballos,
Que en procesion espléndida conducen
Nobles ginetes al ducal palacio.

Presidiendo la ilustre comitiva,
De vistoso cortejo acompañado,
Fiero aparece el soberano Dória
Sentado altivo en triünfante carro.

Vivas sin fin escúchanse doquiera;
El gozoso cañon retruena en tanto,
Y música marcial puebla los vientos
Con aromas sin fin embalsamados.

¿Qué es ya de los valientes Genoveses?
¿Do están ahora los rebeldes bravos
Que al oprimido pueblo prometieran
Del yugo de los Dórias libertarlo?

Vedlos ahí con faz aduladora
Al mismo Dória alegres victoreando
Cuya cabeza horrísonos pedian
Vil opresor llamándole y tirano.

Otros siguen el mísero camino
Del que buscaron ¡ay! destierro amargo:
De otros, en fin, los lacerados cuerpos
A los peces del mar sirven de pasto.

Así de vil gusano la soberbia,
De Dios abate la potente mano,
Cuando á la cumbre de montaña excelsa,
Subir pretende con tardío paso.

¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?
¿A dónde fueron los soberbios lauros
Que los rebeldes fieros prometianse
Al blandir sus puñales inhumanos?

¡Ay! al tocar las elevadas nubes
Solo se hundieron en horrible fango;
Y al respirar de Libertad la brisa
¡Infelices! sus grillos remacharon.

Sus crímenes en página enlutada
Conservarán de Génova los fastos,
Y al leer sus maldades inauditas
Nadie dirá siquiera "triünfaron."

¡Fiesco! tu rebelion inolvidable
¡Que huellas tan funestas ha dejado!
Sangre, matanza, huérfanos, viudas
Y un renombre inmortal, pero execrando.

FIN.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página 17, verso 1, léase:—rebosando.
Página 21, verso 10, léase:—centellean.
id. id., verso 11, léase:—arranca.
Página 25, verso 21, dice: que las regiones...léase:—Que á las regiones.
Id. id., verso 24, léase:—Cien ardorosas lenguas no bastaran.
Página 27, verso 16, léase:—Ataquemos.
Página 29, verso 2, léase:—execranda.
Página 31, verso 5, oirlos.
Página 35, verso 23, léase:—la llanura.
Página 36, verso 6, léase:—Todos su tono y espresiones cambian.

Es propiedad de
Calixto Fernandez